

# Tradiciones familiares

*Basado en Mateo 12:8*

“¿Quién como tú, Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?”  
(Éxodo 15:11).

**DESDE HACE MUCHOS AÑOS**, nuestra familia tiene la costumbre de reunirse en una cena especial todos los viernes por la noche. Ponemos la mejor vajilla y el mejor juego de cubiertos. Adornamos la mesa con velas. La noche del viernes me gusta que en casa haya velas. Después de todo, Jesús es la Luz del mundo y nos dice que tenemos que hacer que nuestra luz brille. Antes de comer, nos sentamos alrededor de la mesa y cantamos. Si solo estamos mi esposa y yo, el resultado es penoso; pero cuando nos acompaña alguno de nuestros hijos o algún otro invitado, de manera que se pueda hacer un poco de armonía, puede ser muy agradable. Después de cantar algunos himnos, seguimos una de las lecturas antifonales que se encuentran al final del himnario. Finalmente cantamos el himno “No te olvides nunca del día del Señor” (*Himnario adventista*, ed. 2009, n° 543).

Después de los cantos, recitamos el mandamiento del sábado, oramos y empezamos a comer. Nunca adivinará cuál es nuestra comida especial del viernes por la noche... ¡Pizza! Mi mujer la confecciona con una base precocinada o, a veces, con un pan de pita redondo. Cuando vivíamos en el extranjero, para prepararla, tenía que partir de cero. Pero ahora reúne cosas de aquí y de allí, nada extravagante, difícil o caro, y las junta. Cuando nuestros hijos vienen a casa de visita esperan que el viernes por la noche coman la “pizza de mamá”. Por cierto, si se quiere, es posible hacer una pizza vegana. Después de la cena, nos sentamos juntos en la sala de estar y hablamos; algo para lo que, por lo general, no tenemos tiempo durante los otros días de la semana. Entonces celebramos un corto culto familiar y nos vamos a la cama. Así pasan la tarde y la noche del viernes para nosotros. Como ve, las tradiciones son agradables porque permiten que las ocasiones puedan ser muy especiales.

Unas palabras para las familias con niños: Si los niños tienen edad suficiente, permítanles que participen en el culto familiar. Todos pueden tener una Biblia y leer un versículo o dos. Luego canten un himno y continúen con una oración. Sería bueno que animaran a los niños para que cada uno dijera una oración. Cuando llegue el turno de los mayores para orar, no se alarguen demasiado y pidan cosas con las que los niños puedan estar familiarizados. En casa siempre cerramos el tiempo de oración recitando el Padrenuestro juntos. El culto familiar tendría que ser un momento interesante y alegre.

# Estar con la gente de Dios

*Basado en Mateo 12:8*

“No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”  
(Hebreos 10:25).

**HONRAR A DIOS** el sábado por la mañana no es nada difícil, siempre y cuando ese tiempo esté ocupado con la Escuela Sabática y el culto de adoración. Por desgracia, algunos descuidan la asistencia a la iglesia aunque las Escrituras nos digan que debemos ir (ver Heb. 10:25). He oído que algunos dicen que andar por el bosque o por la playa los llena más que ir la iglesia. Estoy seguro de que estar a solas con Dios en la naturaleza inspira y es una bendición, pero no debemos verlo como un sustitutivo de la reunión con el cuerpo de Cristo (ver Mat. 18:20).

Algunos miembros de la iglesia no se acercan a la Escuela Sabática. Puede ser por dos razones. En primer lugar, el sábado por la mañana, a la gente le gusta dormir hasta un poco más tarde; y, en segundo lugar, a veces, al programa de la Escuela Sabática le sobra tanta improvisación y le falta tanta preparación que no consigue captar el interés de los asistentes. En algunos lugares, los fieles dedican casi todo el día a la iglesia. Muchos llegan a la iglesia el sábado por la mañana y no regresan a casa hasta la noche. Para ellos, el día está lleno de adoración, comunión y actividades misioneras.

Se lo recomiendo, no desprecie la experiencia de asistir a la iglesia. Cuando enfermamos físicamente, llamamos a una ambulancia para que nos lleve al hospital. Sin embargo, cuando enfermamos espiritualmente, en lugar de asistir a la iglesia, solemos alejarnos de ella. Si empieza a tener la sensación de que prefiere alejarse de la iglesia, ese es el momento de esforzarse por no dejar de asistir.

¿Qué sucede con la tarde del sábado? Recuerde el principio del aniversario y no busque antiguas parejas (1 Juan 2:15). Recuerde que hacer cosas con otros observadores del sábado puede ser una gran bendición. En la planificación está la clave.

Se preguntará qué pienso de dormir una siesta. Echar una cabezada estaría bien, pero tenemos que resistir a la tentación de dormir toda la tarde. Además del descanso físico, necesitamos un cambio de ritmo. La vida puede convertirse en una rutina aburrida. El sábado puede romper esa rutina y darnos una nueva perspectiva. Pero si nos quedamos en la cama todo el sábado, el viernes se mezcla con el domingo y nos habremos perdido el cambio que tanto necesitábamos.

¿Se imagina a Jesús durmiendo todos los sábados?

## ¿Quién es su familia?

*Basado en Mateo 12:46*

“Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo:  
`Estos son mi madre y mis hermanos’”  
(Mateo 12:49).

**MI ESPOSA** y yo damos gracias a Dios por la familia que tenemos: cuatro hijos y ocho nietos. Durante cinco años vivimos en Santiago de Chile, por lo que todos mis hijos hablan español. Debido a los muchos años que vivimos como misioneros, pasamos mucho tiempo juntos y somos una familia muy unida. Hace ya tiempo que volvimos a los Estados Unidos, pero una cosa que echo de menos de otras culturas es que sus familias tienden a estar más unidas.

Con todo, una familia demasiado unida puede tender a cerrar las puertas a quienes no son parientes. Esto se hace evidente en algunas congregaciones, en las que las familias preeminentes ejercen el liderazgo como si la iglesia fuera su predio particular.

Jesús tenía una familia. Sabemos que tenía una madre, un padre y varios hermanos. Un día, mientras Jesús estaba enseñando a la gente, alguien lo interrumpió para decirle que su madre y sus hermanos estaban fuera y querían verlo. Estoy seguro de que la persona estaba convencida de que, dándole el recado a Jesús, le hacía un favor. Puede que la respuesta de Jesús sorprenda a algunos.

“Respondiendo él al que le decía esto, dijo: `¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?’ Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: `Estos son mi madre y mis hermanos, pues todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre’” (Mat. 12:48-50).

Jesús no era ni descortés ni desconsiderado. Recuerde que, mientras agonizaba en la cruz, una de las últimas cosas que hizo fue pedirle al apóstol Juan que se hiciera cargo de su madre. No, lo que Jesús decía ese día era que para ser miembro de su familia no es preciso que exista un vínculo de sangre. Cualquier persona que hace la voluntad del Padre celestial es miembro de la familia de Jesús. Esto significa que ser un miembro de la familia de Cristo es una relación espiritual.

Y eso también significa que, si usted es viudo, en Cristo usted tiene una familia. Si usted vive en una familia que no es creyente y sus parientes no lo aceptan como cristiano, en Cristo tiene una familia. El compositor Bill Gaither escribió estas palabras extraordinarias: “Soy feliz de tener la familia de Dios. / Me limpió en su sangre, me transformó. / Soy heredero con Jesús, el Señor, / porque soy su familia, familia de Dios”.

# Somos sembradores

*Basado en Mateo 13:1 al 9*

“Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla, pero al volver vendrá con regocijo trayendo sus gavillas”  
(Salmo 126:6).

**¿CÓMO SE GANA** usted la vida? ¿Trabaja en una oficina? ¿Trabaja al aire libre? ¿Es maestro? ¿Se dedica a la carpintería o a la enfermería? Tal vez usted sea estudiante o ama de casa. Tengo una noticia para usted: Si ama al Señor y quiere que su reino crezca, también es agricultor.

Jesús dijo que aquellos que difunden el evangelio son como un sembrador que esparce semillas en un campo. El campo no es suyo, sino de su amo. El sembrador tampoco esparce su semilla, sino la de su Señor. Cuando acudimos a Jesús y le pedimos que nos enseñe su evangelio, él llena nuestro cesto con la buena semilla del reino. Luego podemos ir en nombre de nuestro Señor y esparcir la preciosa verdad.

El buen sembrador esparce mucha semilla en todas direcciones. Si apuntamos bajo, tendremos la certeza de dar en el blanco. Sin embargo, nuestro deber es apuntar alto y sembrar con generosidad, sin desanimarnos. No podemos seguir desaprovechando las oportunidades de sembrar que se nos presentan. Estamos rodeados de campos. No espere que Dios lo guíe, porque él ya lo hizo. No diga que está buscando una puerta abierta; la puerta está abierta de par en par; y estará así hasta el día no muy lejano en que Dios la cierre y entonces ya no será posible sembrar más.

¿Cómo tenemos que sembrar? Con generosidad. “Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Cor. 9:6).

Siembre apasionadamente. Aquí aparecen las lágrimas. “Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla, pero al volver vendrá con regocijo trayendo sus gavillas” (Sal. 126:6). Si no las regamos con nuestras lágrimas, las semillas no germinan.

Siembre con paciencia. “No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gál. 6:9). ¡No se rinda! El sembrador no siembra el lunes para segar el martes, ni aun la semana o el mes siguiente. Sencillamente, deposite la semilla y confíe los resultados a Dios.

# Crecer en Cristo

*Basado en Mateo 13:1 al 9*

“Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán”  
(Salmo 126:5).

**UNA VEZ PREGUNTÉ** a unos “misioneros” de otra denominación a cuantas puertas tenían que llamar antes de que alguien les pidiera un estudio bíblico. Su respuesta fue: “Unas cien”. Admiro su persistencia. No me queda más remedio que admitir que yo, tras cinco negativas seguidas, me desanimaría. Si en lugar de cinco, fueran diez, probablemente arrojaría la toalla.

Si damos crédito a nuestras percepciones, la siembra puede ser algo desalentador. Es una obra de fe. Nuestra responsabilidad consiste en esparcir la semilla, pero nosotros no segaremos la cosecha. Cuando el agricultor esparce las semillas, parece que las arroja al azar. Introduce la mano en la bolsa y extrae un puñado de semillas. Luego las echa al suelo y sigue avanzando. Ese es su trabajo, hace lo que se espera de él.

Transcurre el tiempo y, aparentemente, en el campo no sucede nada. Sale el sol, cae la lluvia y nada cambia. Un sembrador inexperto se desanima porque no ve nada que crezca de inmediato. Pero, lentamente, la semilla crece bajo la superficie: primero una brizna, luego la espiga y, finalmente, los granos.

Cuando el agricultor siembra una semilla, no piensa que recolectará más semillas; piensa en la harina que obtendrá de los granos molidos. Cuando esparcimos la semilla de la verdad, no esperamos cosechar más semillas. Deseamos que el carácter de Cristo se desarrolle en los demás, de manera que el reino crezca y el granero de Dios se llene.

Sin embargo, no debemos olvidar que Satanás también busca almas. “Satanás trabaja ahora con todo su poder insinuante y engañoso, para desviar a los hombres de la obra del mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado con gran poder. Cuando el enemigo vea que el Señor bendice a su pueblo, y lo prepara para discernir sus engaños, él trabajará con su poder magistral para introducir el fanatismo por una parte y el frío formalismo por la otra, a fin de que pueda recoger una cosecha de almas. Ahora es el tiempo de velar incesantemente. Vigilad el primer paso de avance que Satanás puede hacer entre nosotros” (*Servicio cristiano*, p. 51).

# La semilla

*Basado en Mateo 13:1 al 9*

“Después dijo Dios: `Produce la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol que dé fruto según su especie, cuya semilla esté en él, sobre la tierra’. Y fue así” (Génesis 1:11).

**HACE UN TIEMPO**, a mi nieto le compré una maceta, una bolsa de tierra y varias semillas de girasol. Lo ayudé a poner las semillas en la tierra y luego esperamos unas semanas; pero no creció nada. ¿Cuál era el problema? ¿Las semillas estaban mal? ¿O quizá tan magros resultados tenían que ver con que se le olvidara regarlas y ponerlas al sol?

Piense en el gran potencial contenido en una pequeña semilla. Con tan solo un puñado de pepitas de manzana ya se puede hablar de la posibilidad de un manzanal entero.

“Cada semilla tiene en sí un poder germinador. En ella está encerrada la vida de la planta. Así hay vida en la Palabra de Dios. Cristo dice: `Las palabras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida’. `El que oye mi palabra, y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna’ (Juan 6:63; 5:24). En cada mandamiento y en cada promesa de la Palabra de Dios se halla el poder, la vida misma de Dios, por medio de los cuales pueden cumplirse el mandamiento y la promesa. Aquel que por la fe recibe la palabra, está recibiendo la misma vida y carácter de Dios. Cada semilla lleva fruto según su especie. Sembrad la semilla en las debidas condiciones, y desarrollará su propia vida en la planta. Recibid en el alma por la fe la incorruptible simiente de la Palabra, y producirá un carácter y una vida a la semejanza del carácter y la vida de Dios” (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 19, 20).

Hace unos años, en las profundidades de una pirámide de Egipto, se encontró una semilla. Se calculó que tenía unos tres mil años de antigüedad. Los arqueólogos la plantaron para ver si crecía y se reproducía... ¡y lo hizo!

La semilla de la Palabra esconde un asombroso potencial. Dios dice: “Así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prosperada en aquello para lo cual la envié” (Isa. 55:11).

¿En su corazón vive y crece la semilla de la Palabra?

# Siembre, nada más

*Basado en Mateo 13:1 al 9*

“Y les dijo: `La mies a la verdad es mucha, pero los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies”  
(Lucas 10:2).

**SOY UN HORTELANO IMPACIENTE.** Una vez que he terminado de sembrar, me quedo un rato de pie, mirando mi pequeño huerto. Luego, cada día, voy al huerto y vuelvo a mirar. Estoy ansioso por ver cómo salen de la tierra los primeros brotes.

Jesús relató la parábola de un agricultor que sembraba un campo de trigo. Primero preparó el suelo, pero después sembró y ya no pudo hacer nada más para que crecieran las semillas. Aquella noche se fue a dormir y, a la mañana siguiente, cuando se levantó, probablemente ya se había olvidado de las semillas que había esparcido o, si llegó a echar un vistazo al campo, se dedicó a otros asuntos. No obstante, las semillas germinaron y el trigo creció.

Jesús preparaba a sus discípulos para que predicaran el evangelio y no quería que se desanimaran en caso de no ver resultados inmediatos. Por eso se sirvió de esta parábola para ilustrar que ellos tenían que plantar la semilla, pero que quien la hacía crecer era Dios.

Esta parábola también se aplica a nosotros. Somos como el agricultor. Podemos escoger el lugar donde sembraremos, reunir todos los materiales necesarios, preparar el suelo, abonar, sembrar y desbrozar. Pero no podemos hacer nada más que eso. No podemos hacer que las semillas crezcan.

Si se siembra la semilla, o la Palabra de Dios, con fe y se recibe con fe, Dios hace el resto. El Espíritu de Dios obra después de que nosotros nos hayamos marchado (ver Job 33:15, 16). Los profetas no viven para siempre, pero la Palabra que predicaron está haciendo su obra, aun cuando ellos estén en la tumba (ver Zac. 1:5, 6).

El suelo es el corazón del que oye. Quizá sea duro, rocoso y poco profundo; quizá esté lleno de maleza; o quizá sea suelo bueno (Mat. 13:4-8). Hacemos lo que podemos para preparar el suelo, pero después de eso, ya no está en nuestras manos hacer nada más.

Cristo quiso inculcar esta idea en sus discípulos. No se trataba de ellos, sino del poder milagroso de Dios, que da eficacia a su propia Palabra. Sencillamente, siga sembrando.

# Un día para la madre

*Basado en Juan 19:27*

“Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén recibiréis consuelo”  
(Isaías 66:13).

**EL DÍA DE LA MADRE** ha sido reconocido de manera especial durante muchos años. ¡Más de cuarenta países de todo el mundo lo celebran!

El Día de la Madre en España: Se celebra el primer domingo de mayo. Al igual que en otros lugares, en ese día se homenajea a todas las madres del país. Por toda España las tiendas hacen su agosto vendiendo bombones, flores y tarjetas de felicitación. A los niños les encanta hacer manualidades para regalarlas a sus madres.

El Día de la Madre en México: Se celebra el 10 de mayo. Es una fiesta muy popular en todo el país, con acontecimientos especiales patrocinados por las escuelas, las iglesias, los municipios y otros grupos cívicos. La tradición familiar establece que los hijos vayan a casa de sus madres la víspera del Día de la Madre (9 de mayo).

El Día de la Madre en Jamaica: Se celebra el 9 de mayo. Es una ocasión en la que las madres reciben muestras de agradecimiento y amor en forma de tarjetas y flores, así como en ocasiones especiales en las que se reúne toda la familia.

El Día de la Madre en los Estados Unidos: Se dice que la primera en sugerir el Día de la Madre fue Julia Ward en 1872. La fiesta ganó popularidad debido, principalmente, a los esfuerzos de Anna M. Jarvis, quien convenció a la iglesia de su madre, en Virginia Occidental, que celebrara el Día de la Madre en el segundo aniversario de la muerte de su madre, el segundo domingo de mayo. Hacia 1911, el Día de la Madre se celebraba en casi todos los estados y las flores no tardaron en convertirse en tradición casi obligada para expresar el amor hacia las madres.

Tal vez María, la madre de Jesús sea la madre más extraordinaria que jamás haya conocido el mundo. Aquel día en que estaba al pie de la cruz fue el más terrible. Su hijo Jesús agonizaba. Me emociona pensar que una de sus últimas preocupaciones fue pensar en su madre. “Cuando vio Jesús a su madre y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: ‘Mujer, he ahí tu hijo’. Después dijo al discípulo: ‘He ahí tu madre’. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (Juan 19:27).

Gracias, Jesús, por darnos las madres.



# Corazones duros

*Basado en Mateo 13:1 al 9*

“Porque así dice Jehová a todo hombre de Judá y de Jerusalén: Arad campo para vosotros y no sembréis entre espinos”  
(Jeremías 4:3).

**¿POR QUÉ** los agricultores aran los campos antes de sembrar? Parece un trabajo excesivo. ¿Por qué no arrojan las semillas en el campo yermo y se conforman con lo que venga?

Los agricultores quieren buenas cosechas. Saben que la tierra tiene que ser roturada y ablandada para que las semillas, después de cubrirlas, puedan abrirse paso hacia la superficie y empiecen a crecer. Las semillas que caen en el sendero, donde la tierra ha sido compactada por el tránsito, no pueden echar raíces.

Los corazones pueden volverse indiferentes y endurecerse tanto como el polvo del camino. Es posible que algunos que asisten a la iglesia no busquen la bendición. No quieren adorar a Dios ni para permitir que los cambie algo que escuchen. Están ahí “porque toca” o, sencillamente, por costumbre. Su corazón se parece más a una carretera que a un campo de trigo.

Tienen el corazón apisonado por los camiones de la maldad de Satanás. Por ella circulan los automóviles del orgullo y los pies del codicioso materialismo, hasta el punto de volverla dura como el hormigón. No les queda tiempo para pensar en la religión. El camino de su corazón es como una carretera atascada en la que no queda espacio para que germine el trigo. Y, si empieza a crecer, unos pies ásperos ya se encargarán de aplastar la verde brizna antes de que pueda madurar.

La parábola nos dice que las aves bajaron y se comieron la semilla. Hay muchos malvados prestos a llevarse el evangelio del corazón. El diablo, el príncipe de las tinieblas, aprovecha cualquier oportunidad para arrebatarnos un buen pensamiento.

¿Cómo podemos evitar tener un corazón duro e indiferente? Dejando que el arado del Espíritu Santo lo roture y lo suavice, de modo que la semilla de la verdad pueda entrar en él y germinar.

“Debe cultivarse el jardín del corazón. Debe abrirse el terreno por medio de un profundo arrepentimiento del pecado [...]. Así también, solo se pueden vencer las malas tendencias del corazón humano por medio de esfuerzos fervientes en el nombre de Jesús y con su poder” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 37). Si se lo permitimos, el Señor lo hará con nosotros.

# Corazones poco profundos

*Basado en Mateo 13:1 al 9*

“Dame entendimiento, guardaré tu ley y la cumpliré de todo corazón” (Salmo 119:34).

**DURANTE ALGÚN TIEMPO** estuve inscrito en un gimnasio. Quería ir tanto como fuese posible para hacer algo de ejercicio o nadar. Vi que cada mes de enero el gimnasio se llenaba de gente con el firme objetivo de nadar, hacer ejercicio y caminar. A medida que avanzaba el año, uno tras otro, iban desapareciendo; hasta que, hacia la mitad del año, solo quedaban los mismos de siempre.

Las personas que empiezan con fuerza pero abandonan a medio camino son como el pedregal. Cuando escuchan el evangelio, se entusiasman. Se los ve cada semana en la iglesia y cuentan a otros lo que el Señor ha hecho con su vida. Sin embargo, al cabo de un tiempo regresan las antiguas costumbres y algo los molesta; por lo que cada vez se los ve con menos frecuencia y acaban por desaparecer. Podríamos llamarlos cristianos Alka-seltzer: mucha espuma al principio y, luego, todo queda en nada. Son como un cohete defectuoso, que al principio arma mucho estrépito y escupe mucho fuego, pero nunca alcanzará a ponerse en órbita.

Bajo la superficie de su corazón se esconden graves rocas. La semilla de la verdad encuentra un poco de tierra y comienza a crecer. Pero entonces sale el sol de las circunstancias y el juicio; y la planta se marchita. El sol de verano que fortalece y madura las plantas sanas destruye a aquellos que no están bien enraizados. ¿Por qué se marchitan y mueren tan deprisa? No hubo una conversión real, nadie aró ni roturó el suelo. No hay arrepentimiento. Por eso el Espíritu Santo no los había impregnado.

“Muchos reciben el evangelio como una manera de escapar del sufrimiento, más bien que como una liberación del pecado. Se regocijan por un tiempo, porque piensan que la religión los libertará de las dificultades y las pruebas. Mientras todo marcha suavemente y viento en popa, parecen ser cristianos consecuentes. Pero desmayan en medio de la prueba fiera de la tentación. No pueden soportar el oprobio por la causa de Cristo. Cuando la Palabra de Dios señala algún pecado acariciado o pide algún sacrificio, ellos se ofenden. Les costaría demasiado esfuerzo hacer un cambio radical en su vida. Miran los actuales inconvenientes y pruebas, y olvidan las realidades eternas” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 28).

Señor, ayúdame a quitar las rocas de mi corazón.

# Corazones espinosos

*Basado en Mateo 13:1 al 9*

“Sobre toda cosa que guardes, guarda tu corazón, porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23).

**CUANDO VEO** que los tallos de ciertas malas hierbas sobresalen del césped sé que ha llegado el momento de cortarlo. ¿Por qué, me pregunto, las malas hierbas crecen más rápido y con más fuerza que el césped? Es hora de esparcir algo de herbicida antes de que se adueñen del jardín.

La mundanalidad es como las espinas, los cardos y la maleza. La Biblia dice que, como las malas hierbas ahogan a las plantas beneficiosas, las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida ahogan la Palabra de Dios en nuestros corazones. ¿Por qué no pueden crecer juntos y en paz? Porque el más fuerte ahoga al más débil. ¿Quién es el más fuerte? El que se alimenta más y mejor.

El terreno espinoso es un suelo fértil, porque está lleno de plantas sanas, aunque sean zarzas. Quizá conozcamos a alguien a quien no parece importarle demasiado todo lo que tiene que ver con la religión; que, aparentemente, está absorto en sus asuntos y las cosas del mundo. Pero nos equivocariamos. El suelo que da una maleza lozana también puede dar abundante trigo.

Supongamos que hemos permitido que algunas malas hierbas de mundanalidad crezcan en nuestro corazón y la semilla de la verdad cae en él. Al principio, la buena semilla germinará y comenzará a crecer; pero, al cabo de un tiempo, las plantas empiezan a prosperar juntas. Nosotros estamos contentos porque, en apariencia, tenemos lo mejor de ambos mundos y confiamos en que las plantas buenas acaben por ahogar a las malas sin demasiado esfuerzo por nuestra parte.

Si pensamos así, no comprendemos la fuerza del mal. Cuando menos lo esperemos, veremos que el trigo se encuentra en estado crítico; en cambio, las zarzas, los cardos y los espinos se habrán entrelazado de tal manera que el pobre trigo apenas si consigue captar un rayito de sol y la planta se muere.

Escuchamos la Palabra y la entendemos, pero nos apegamos a este mundo. Seguimos asistiendo a la iglesia y, mientras, la pobre y raquítica brizna de la religión sigue creciendo. Pero, poco a poco, Cristo y su iglesia van quedando fuera de nuestra vida porque la maleza del mundo los ha apartado. ¡No deje que le suceda! No seamos cristianos de suelo poco profundo.

# El buen corazón

*Basado en Mateo 13:1 al 9*

“Pero la que cayó en buena tierra son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia” (Lucas 8:15).

**¿EN QUÉ SE DISTINGUE** una buena tierra? Un buen suelo debe proporcionar nutrición y apoyo a las raíces, además de permitir que tanto estas como el agua puedan moverse libremente. Sin sobreprecio alguno para usted, me permito darle algunos consejos para que pueda tener plantas sanas y lozanas: (1) No las riegue en demasía, (2) no las mueva, (3) ocúpese inmediatamente de los problemas y (4) recuerde las necesidades de la planta –un suelo óptimo, agua, una temperatura adecuada, luz y aire.

Si de la tierra del corazón se dice que es buena, no es porque lo sea por sí misma, sino porque la gracia ha hecho que así sea. Dios la aró. La removió con el arado de la convicción y ahora es un terreno fértil y mullido. Cuando se predica el evangelio, el corazón lo recibe.

Después de que la semilla ha sido sembrada en el corazón, germina y empieza a echar raíces. En consecuencia, al igual que la semilla que da ciento por uno, produce un amor ferviente, un corazón amable y un propósito consagrado. La persona se convierte en un poderoso siervo de Dios.

Otra semilla cae en un corazón con un carácter parecido. Esa persona no puede hacer tanto como otros, pero da lo que puede. Se entrega a sí misma a Dios y, en el trabajo, siempre habla de su Señor. Mientras da su paseo diario, tranquilamente, comparte el evangelio. Su fruto equivale a sesenta por uno.

A continuación, la semilla cae en otro cuyas habilidades y talentos no son muchos. No puede hacer lo mismo que el mayor, pero siempre puede hacer algo, por humilde que sea. La semilla da un diez por uno, a lo sumo un veinte...

“El corazón bueno y recto´ mencionado en la parábola, no es un corazón sin pecado; pues se predica el evangelio a los perdidos. Cristo dijo: `No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores´. Tiene corazón recto el que se rinde a la convicción del Espíritu Santo. Confiesa su pecado, y siente su necesidad de la misericordia y el amor de Dios. Tiene el deseo sincero de conocer la verdad para obedecerla. El `corazón bueno´ es el que cree y tiene fe en la palabra de Dios” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 38).

¿Está su corazón preparado para recibir la semilla de la verdad?

# La iglesia es el campo

*Basado en Mateo 13:24 al 30*

“No juzguéis, para que no seáis juzgados”  
(Mateo 7:1).

**JESÚS RELATÓ** una parábola que hablaba de un sembrador que sembraba cizaña a media noche. Tiene todo el aspecto de ser una historia apasionante y, de hecho, no decepciona. Un hombre sembró trigo en su campo, pero, durante la noche, un enemigo vino y también sembró cizaña. Al cabo de unas semanas, cuando se descubrió la treta, los siervos del hombre se ofrecieron para ir y arrancar la cizaña. Pero el hombre dijo que la dejaran porque, si la arrancaban, corrían el riesgo de arrancar el trigo con ella. Un relato corto, pero una lección importante.

El campo representa el mundo –o, en sentido más estricto, la iglesia–. En ella crecen y maduran las buenas semillas. Cristo es el sembrador de la buena semilla, los hijos de su reino. No cuesta adivinar quién es el enemigo que sembró la cizaña. Además de ser inútil, la cizaña es dañina para las buenas semillas. Comparte la lluvia y el buen suelo con el trigo, pero no es buena para nada. Satanás, el enemigo de Dios y de los hombres, siempre siembra cizaña.

Quizá algunas iglesias de nuestro tiempo respondan a esta imagen. Suspiramos y lloramos porque deseamos que en la iglesia solo crezcan buenas plantas. Incluso podríamos llegar a desear la separación de aquellos que consideramos que son miembros inútiles y sin valor. Pero Jesús dice: “No, dejen que crezcan hasta el tiempo de la siega”. Su amor y su compasión todavía trabajan para atraerlos a él. Si los arrancamos, no podrán crecer y madurar.

En cierta ocasión, un hombre se dirigía a Europa a bordo de un transatlántico. Cuando subió a bordo, descubrió que compartiría cabina con otro pasajero. Después de instalarse en el camarote, se acercó a la oficina del sobrecargo y preguntó si podía depositar su reloj de oro y otros objetos de valor en la caja fuerte del barco. Explicó que no tenía costumbre de hacerlo, pero que acababa de conocer al hombre con el que compartía cabina y, a juzgar por su apariencia, no le parecía muy de fiar. El sobrecargo aceptó la responsabilidad de guardar los objetos de valor y dijo: “De acuerdo, señor; estaré encantado de custodiarlos. El otro pasajero vino antes y me confió sus objetos de valor por la misma razón”.

# ¿Trigo o cizaña?

*Basado en Mateo 13:24 al 30*

“Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos” (Salmo 69:5).

“**QUIZÁ LAS MALAS HIERBAS** no llaman la atención porque no tienen nada de espectacular”, dice el experto Ricardo Labrada Romero. “Las sequías, los insectos y las enfermedades como la gripe aviar captan la atención porque sus efectos son aparatosos. Las malas hierbas son algo distinto. Causan estragos sin hacer ruido, mes tras mes y año tras año”. Pero las cifras muestran claramente que las malas hierbas han de ser consideradas como el enemigo natural número uno de los agricultores.

“Si tenemos en cuenta que los agricultores dedican más de la mitad del tiempo que pasan en el campo a combatir las malas hierbas, las pérdidas económicas que estas ocasionan son cuantiosas”, añade Labrada Romero. Si se quiere incrementar la productividad de las explotaciones agrícolas, uno de los primeros pasos a dar es mejorar la técnica para combatir las malas hierbas. En ningún lugar es tan importante como en África, continente en el que las malas hierbas son una de las principales causas del bajo rendimiento y la escasa productividad de la tierra. Puesto que no disponen de tecnología y solo tienen acceso a la fuerza de la mano de obra, los agricultores africanos se ven obligados a desbrozar a diario, lo que significa que una familia media no puede cultivar más de una hectárea o una hectárea y media.

Así como las malezas son el enemigo natural número uno de los agricultores, los miembros de iglesia inconversos hacen que Dios sea deshonrado, que la obra de salvación sea mal presentada y que las almas estén en peligro. Al principio, como las malas hierbas, no parecen perjudiciales. De hecho, es difícil diferenciar entre el trigo y la cizaña. Uno y otra brotan del suelo como pequeñas briznas verdes que buscan el sol. Ambos desarrollan tallos y sistemas de raíces. Ambos parecen sanos y robustos.

“Así como la cizaña tiene sus raíces estrechamente entrelazadas con las del buen grano, los falsos cristianos en la iglesia pueden estar estrechamente unidos con los verdaderos discípulos. El verdadero carácter de estos fingidos creyentes no es plenamente manifiesto” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 51).

Ignoro si esta práctica persiste en la actualidad. En cierta ciudad, una vez al año, los lugareños celebraban una fiesta en la que, con el rostro oculto tras una máscara, iban por toda la población cometiendo actos que, de otra manera, no tendrían valor para cometer y entrando en lugares a los que, en condiciones normales, no se atreverían a entrar. Al ocultar la identidad tras una máscara se enva-lentonan. Un día, una congregación cristiana, preocupada por el abandono de la buena moral, esparció por toda la ciudad unos carteles en los que se leía: “Dios ve lo que hay detrás de la máscara”. Es verdad. Él distingue el trigo de la cizaña incluso antes de que nosotros seamos capaces de apreciar alguna diferencia.

# ¿Qué es una mala hierba?

*Basado en Mateo 13:24 al 30*

“Ciertamente, el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días” (Salmo 23:6).

**¿CUÁL ES** la diferencia entre una planta útil y una mala hierba? Dedicué algún tiempo a buscar la respuesta a esta pregunta, pero descubrí que no hay una regla de identificación definida. La mayoría de las fuentes bibliográficas definen las plantas que crecen de manera intencional en campos y jardines como plantas cultivadas. El resto de plantas que no se supone que deban estar y crecen de manera espontánea se definen como malas hierbas. Una mala hierba es, por tanto, una planta que crece en un lugar “equivocado”.

Con esta definición en mente, si yo plantara una rosaleta y un grano de trigo cayera accidentalmente entre las flores, si llegase a germinar y a crecer hasta convertirse en una magnífica espiga de trigo, no quedaría más remedio que considerarla una mala hierba. No estoy del todo convencido de que esta sea la definición que Jesús quiso que entendiéramos cuando contó la historia del trigo y la cizaña (malezas). En la cizaña hay algo más siniestro que el hecho de ser una planta. Al final, encontré una definición de mala hierba que, según parece, se ajusta más a la intención de la parábola.

- Algunas malas hierbas son dañinas porque:
- Son parásitos de los cultivos.
- Son venenosas para el ganado vacuno y ovino.
- Son desagradables al paladar o incluso pueden manchar la leche o la carne.
- Pueden causar problemas a los animales, por ejemplo, enredarse en la lana de las ovejas, por lo que su eliminación puede representar un sobrecosto.
- Dificultan la acción de la maquinaria agrícola al enredarse en las herramientas.
- Reducen el valor de la cosecha.
- Son portadoras de pestes o plagas.
- Taponan los canales de riego o de drenaje.
- Crecen en terrenos no agrícolas, como cunetas y terraplenes, y es necesario cortarlas.

Otro de los problemas causados por las malas hierbas es que interfieren en la absorción de la humedad y los nutrientes del terreno por parte de las plantas cultivadas. Asimismo, las malas hierbas pueden llegar a crecer más que las plantas beneficiosas y disputarles la luz del sol. A ello se añade que ocupan más terreno, por lo que las plantas beneficiosas no disponen de espacio suficiente para crecer. Cuando la mala hierba madura, sus tallos y sus raíces se entrelazan con los de las plantas beneficiosas y acaban por ahogarlas.

Señor, ayúdame a identificar las malas hierbas de mi vida.

# ¿Qué es el trigo?

*Basado en Mateo 13:24 al 30*

“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén” (2 Pedro 3:18).

**EL TRIGO ES** una planta beneficiosa porque de él se obtiene la harina. La harina se utiliza para hacer pan, galletas, pasteles y todo tipo de comidas de sabor agradable. El pan, leudado o ázimo, es la base de la alimentación en muchas regiones del mundo. Las verduras y los condimentos se pueden recoger con trozos de pan, con lo que se evita la necesidad de usar cubiertos u otros objetos para comer. Cuando Jesús, en la colina, alimentó a la multitud, multiplicó panes y peces, una comida típica de la época (Mat. 14:19). En el desierto, el Señor proporcionó pan a los hijos de Israel (Éxo. 16:15). La Biblia menciona el pan y el agua en 32 ocasiones.

¿Es usted una semilla de buen trigo? Si está arraigado y cimentado en la verdad, creciendo y madurando cada día, usted es una buena semilla de trigo. Pero usted es más que buen trigo; a usted se le han asignado dos papeles. En la parábola, el hombre tenía siervos que lo ayudaban. Si ha colaborado en sembrar la semilla de la verdad en el corazón de otros –mediante su ejemplo, con obras de caridad cristiana o llevando a cabo una labor evangelizadora–, usted es también uno de los ayudantes de Cristo.

La responsabilidad de la buena semilla es crecer. Tenemos que utilizar toda la luz y la lluvia que podamos acumular para poder madurar más cada día. Las buenas semillas crecen poco a poco y sin pausa. No maduran durante la noche. No tenemos que impacientarnos con nosotros mismos o con los demás. Cuando no crecemos, quizá parezca que atravesamos un período de sequía. Se cuenta la historia de una joven que aceptó a Cristo como su Salvador y solicitó su admisión en una iglesia.

–¿Era usted pecadora antes de recibir al Señor Jesús? –preguntó un diácono ya entrado en años.

–Sí, señor –respondió ella.

–Bien. ¿Sigue siendo usted pecadora?

–A decir verdad, me siento más pecadora que nunca.

–Entonces, ¿qué cambio real ha experimentado usted?

–No sé muy bien cómo explicarlo –dijo–. Solo le diré que era una pecadora que buscaba el pecado y que ahora que Jesús me ha salvado soy una pecadora que huye del pecado.

Señor, gracias por dejarme ser uno de tus ayudantes.



# Dios es el Juez

*Basado en Mateo 13:24 al 30*

“Examíname, Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. Ve si hay en mí camino de perversidad y guíame en el camino eterno” (Salmo 139:23-24).

**LA PARÁBOLA** de la cizaña encierra dos grandes lecciones. Una es que, excepto en caso de que el pecado sea abierto y persistente, los miembros de la iglesia no tienen que juzgar el carácter y los motivos de los que creen que son indignos. Jesús conoce nuestra naturaleza demasiado bien como para confiarnos esa tarea porque es seguro que cometeremos errores.

Pero hay otra lección, de extraordinaria tolerancia y tierno amor. Esta parábola ilustra el trato que Dios dispensa a los seres humanos y a los ángeles. Dios fue muy paciente con Satanás y no lo destruyó de inmediato. Si lo hubiera hecho, los demás ángeles no habrían entendido la justicia y el amor de Dios. A lo largo de los siglos, Dios ha permitido que Satanás vaya adelante con su obra de iniquidad. El Calvario dispuso todas las dudas que los ángeles pudieran abrigar todavía al respecto del carácter de Satanás.

El mundo no tiene derecho a juzgar al cristianismo porque en la iglesia haya miembros indignos; y los cristianos tampoco debieran desalentarse a causa de esos falsos hermanos. Si Jesús fue paciente con Judas, el traidor, ¿no deberíamos sus seguidores ser igual de pacientes con aquellos que viven debatiéndose con el pecado? En la iglesia habrá malas hierbas hasta que se dicte la sentencia.

Entonces, ¿por qué sembrar los campos con buena semilla, si al enemigo se le permite contaminarla con cizaña? Porque esa es la naturaleza de Dios. Él siembra para cosechar. Y esa tiene que ser, también, nuestra naturaleza.

Cierta mañana, un hombre se encontraba meditando bajo un árbol que extendía sus raíces hacia la orilla del río. Mientras meditaba, se dio cuenta de que el río crecía y estaba a punto de ahogar a un escorpión que había quedado atrapado entre ellas. Se arrastró por las raíces hasta llegar al lugar donde se encontraba el escorpión para liberarlo; pero, cada vez que lo intentaba, el animal lo aguijoneaba. Alguien que observaba la escena dijo al hombre:

—¿No ve que es un escorpión y que su naturaleza lo empuja a aguijonear?

El hombre respondió:

—No se lo discuto, pero la mía me empuja a querer salvarlo. ¿Por qué voy yo a cambiar mi naturaleza si él no va a cambiar la suya?

Señor, siembra la semilla del amor y la paciencia en mi corazón.

# De lo pequeño sale lo grande

*Basado en Mateo 13:31 y 32*

“Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho” (Juan 15:7).

**CUANDO MI ESPOSA** todavía era adolescente, alguien le regaló un broche con un grano de mostaza encerrado en una cápsula de cristal. Ya no lo utiliza, pero sigue guardándolo dentro de un estuche, con otros recuerdos. Cada vez que lo veo, recuerdo la parábola que Jesús narró para explicar la diferencia entre su reino y los del mundo.

“Es tan pequeño como un grano de mostaza”. Era una expresión muy común que en la época de Cristo se utilizaba para describir algo muy pequeño pero con un gran potencial. Hablando de cosas pequeñas, los fariseos estaban satisfechos de que muy pocos judíos reconociesen a Jesús como el Mesías. Antes que él, otros “cristos” y profetas habían pasado sin pena ni gloria y esperaban que ese también fuera su caso.

La lección de la parábola no era que la mostaza es la semilla más pequeña del mundo. Tampoco enseñaba Jesús que su árbol es el mayor de todos. Jesús no hablaba en términos de agricultura. Aunque pequeña, la semilla de mostaza no lo es más que una de zanahoria. Y, si lo comparamos con un roble o un cedro, el árbol de la mostaza no es especialmente alto; en realidad, no se trata de un árbol, sino de un arbusto.

Jesús ponía en contraste los principios de su estilo de vida con los principios del mundo. Son tan distintos que no había ningún reino temporal que le fuera útil, por lo que acudió a la naturaleza y se valió de la ilustración de una semilla. Como en el entorno los arbustos de mostaza eran habituales, al verlos, la gente podía recordar la lección.

Muchos de los enemigos de Cristo pensaban que el joven Maestro y sus discípulos acabarían cayendo en el olvido. Poco imaginaban que el mensaje que escuchaban se predicaría con poder, que por el Espíritu Santo en un día se convertirían miles y que antes del regreso de Jesús el evangelio llegaría a todos los rincones del mundo.

De las pequeñas bendiciones salen las grandes. Quizá a veces sienta que su vida espiritual es pequeña y carece de importancia para los demás; pero, al igual que la semilla de mostaza, Dios hará que crezca.

Señor, no tendré miedo de ser tan solo un grano de mostaza.

# En la semilla está la vida

*Basado en Mateo 13:31 y 32*

“Mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 Pedro 1:25).

**UN HOMBRE POSEÍA** una pequeña parcela en la que decidió plantar maíz. A tal fin, fue y compró semillas. Aró el campo y quitó las malas hierbas y las piedras. Luego, mientras andaba por el campo, fue sembrando el maíz. No obstante, no se dio cuenta de que, mezcladas con el maíz, había semillas del arbusto de la mostaza que en esa región crece de manera espontánea. Nadie siembra mostaza a propósito, porque se trata de una planta silvestre.

El maíz brotó y, allí, en medio del campo, sobresaliendo por encima de él, se erguía un arbusto de mostaza. El arbusto creció lozano y vigoroso hasta alcanzar una altura superior a la estatura de un hombre. Durante la temporada de crecimiento, los pájaros volaban hacia el arbusto, que ahora ya parecía un árbol, y encontraban refugio y descanso en sus ramas.

De esta historia podemos extraer varias lecciones. El hombre hizo un buen uso de su campo. Algunas personas descuidan su campo de servicio. Les gustaría que el mundo entero fuera cultivado, pero nunca se involucran en la tarea. El primer lugar en el que tendríamos que sembrar la semilla del evangelio es nuestro propio jardín. Tenemos la obligación de trabajar para que aquellos a quien Dios nos ha confiado de manera específica, empezando por nuestra propia familia, se conviertan.

La semilla, aunque muy pequeña, es una cosa viva. Entre un grano de mostaza y un trozo de cera del mismo tamaño hay una gran diferencia. En la semilla hay vida, aunque no lleguemos a entenderlo. Es un misterio.

Dentro del grano de mostaza está toda la planta reproducida en miniatura. Todas las ramas, todas las hojas, todas las flores y todas las semillas están, en esencia, contenidas en la semilla. Todavía no se han desarrollado, pero están ahí. ¡En la semilla del evangelio se esconden tantas cosas! Mírela. Vea la regeneración, el arrepentimiento, la fe, la santidad, la consagración y la perfección. El cielo está escondido en el evangelio. Así como el Dios eterno estaba en el recién nacido de Belén, en la sencilla expresión: “Cree y vivirás”, se encuentran todos los elementos de la justificación y la santificación.

Cuando sembremos y crezcamos con fe, obtendremos árboles de bendiciones.

# Como la levadura

*Basado en Mateo 13:33*

“El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado”  
(Mateo 13:33).

**CUANDO NUESTROS HIJOS** eran pequeños, mi esposa solía hacer pan; no solo uno o dos panes a la vez, sino cinco o seis. También hacía pan dulce para el desayuno de los sábados.

Yo también intenté hacer pan. Aunque siempre seguí las instrucciones al pie de la letra, por lo general, el pan nunca me subía. El problema no era ni la harina de trigo ni la levadura, sino yo. Las instrucciones dicen que es preciso dejar que la levadura seque “crezca”. Esto se consigue diluyéndola en un poco de agua tibia y añadiéndole algún azúcar como, por ejemplo, miel. Entonces, la levadura empieza a crecer y, cuando ya está lista, se vierte en la harina. Sigue el amasado. Mediante este proceso, la levadura se mezcla a conciencia con la harina. Cuanto más se amasa el pan, mejor se mezcla la levadura.

Luego la masa se reserva en un lugar cálido. Allí la levadura continúa creciendo, pero ahora leuda la masa. Cuando el proceso de leudado finaliza, se da forma de pan a la masa y se introduce en el horno. Esto debe hacerse con cuidado o la masa puede venirse abajo.

Jesús contó una parábola que habla de la fabricación de pan. “El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado”.

Si se sabe cómo hacer pan, esta parábola no es difícil de entender. En primer lugar, la levadura no es pintada o rociada sobre la masa, se mezcla con ella. De la misma manera, para que el evangelio sea eficaz es preciso amasarlo con la vida. Otro aspecto obvio es que, así como la levadura hace que una masa aumente de volumen, la persona que tiene la levadura del evangelio crecerá y se expandirá espiritualmente; hasta el punto que los demás notarán la diferencia.

Antes he mencionado mi torpeza en la fabricación de pan. Creo que se debía a que la levadura no se había mezclado bien y, como resultado, mi pan parecía un ladrillo. Si se lo permitimos, el Espíritu Santo mezclará el evangelio con nuestras vidas. De lo contrario, nuestra vida parecerá un ladrillo.

Señor, haz que el Espíritu Santo no deje de mezclar el evangelio en mi vida.

# La levadura

*Basado en Mateo 13:33*

“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmo 119:11).

**VARIOS AÑOS ATRÁS**, mi esposa y yo compramos una panificadora eléctrica. Nos imaginamos el placer de comer pan fresco y bollos de canela. Tuvimos la máquina durante veintitantos años, hasta que, literalmente, se murió. A veces hacía hogazas de pan perfectas y otras el resultado no distaba mucho de un disco de hockey sobre hielo. El secreto para obtener un pan ligero y sabroso suele ser la levadura.

El hombre utilizó la levadura antes incluso de descubrir la escritura. Los jeroglíficos sugieren que, hace más de cinco mil años, las civilizaciones egipcias más antiguas ya usaban levadura viva y el proceso de fermentación para leudar el pan.

En realidad, la levadura es una especie de hongo. Como las plantas, los hongos, para crecer, necesitan humedad y algún tipo de alimento. El alimento preferido de las células de levadura es el azúcar, en sus distintas formas: sacarosa (azúcar de remolacha o de caña), fructosa y glucosa (que se encuentran en la melaza, la miel, el sirope de arce y las frutas) y la maltosa (derivada del almidón de la harina). A medida que la levadura va creciendo, las células liberan dióxido de carbono y alcohol etílico en el líquido que las rodea. Cuando la harina se mezcla (se amasa) con líquido, obtenemos la masa. El dióxido de carbono, que es un gas, queda atrapado en la masa y sigue creciendo, levantándola y haciendo que se vuelva suave y esponjosa.

En una parábola Jesús habló de una mujer que horneaba pan. Sabemos cuánta harina usó –tres medidas– pero no cuánta masa amasó. En la actualidad, para hacer una hogaza de pan, mi esposa probablemente use una cucharada sopera de levadura seca granulada por cada tres tazas de harina. Así consigue una hogaza.

La gracia de Dios se esconde en el corazón (Sal. 119:11) porque ahí es donde hace su obra, en nuestra esencia misma. Tiene que trabajar en lo más profundo de nuestro ser. Tenemos que guardarla como María guardó las palabras de Jesús (Luc. 2:51). Cuanto más a conciencia amasemos la masa, más esponjoso será el pan. Así como es preciso amasar a conciencia el pan, es necesario que amasemos la Palabra de Dios con nuestra vida, de manera que el reino de los cielos nos cambie.

Señor, trabaja en mi corazón como la levadura leuda la masa.

Ayúdame a crecer para que pueda compartir con otros el Pan de vida.

# La verdad transforma

*Basado en Mateo 13:33*

“Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos). Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:5, 6).

**HE AQUÍ** un dilema: Somos pecadores y necesitamos ser salvos. Sin embargo, no podemos cambiar por nosotros mismos, ni aun queriendo. Muchos sienten la necesidad de un cambio y por eso, con la esperanza de que pronto serán bastante buenos para poder entrar en el cielo, tratan de eliminar los malos hábitos. Si hacemos esto, nos hemos equivocado de punto de partida. El primer lugar en el que debemos trabajar es el corazón.

La mujer de la parábola de la levadura tenía harina suficiente para una hogaza, el alimento de una familia para un día. La harina representa el corazón. Ahí es donde tiene que producirse la acción. Para que el cambio alcance al individuo, el corazón, como la harina, tiene que haber sido molido y tamizado; solo así puede recibir la levadura.

Satanás también tiene su levadura. Esa misma levadura que produce pan, también produce el alcohol que arruina a millones. Al igual que la levadura del pecado obra en el corazón para condenarnos y hacernos ineptos para el cielo, la verdad de Dios nos santificará y hará de nosotros nuevas criaturas.

La levadura es la verdad del reino de los cielos tal como se encuentra en las Escrituras. Debemos atesorar esta levadura en nuestro corazón (Sal. 119:11). La levadura se amasa junto con la harina y el líquido y la masa comienza a subir. Es casi seguro que el apóstol Pablo sabía cómo se hace el pan. Observe las palabras que usa para describir la acción de la levadura: Dios “nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos). Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efe. 2:5, 6).

En Cristo somos nuevas criaturas. Ya no somos tan solo un pedazo de masa. Gracias al poder leudante de las Escrituras, los pensamientos, los sentimientos y los motivos son nuevos. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Rom. 10:17). Las Escrituras son el gran agente transformador del carácter. Cristo oró: “Santificalos en tu verdad: tu palabra es verdad” (Juan 17:17).

Permita que la levadura de la Palabra lo eleve hasta alcanzar nuevas alturas.

# ¡Tesoro!

*Basado en Mateo 13:44*

“Además el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo” (Mateo 13:44).

**¿QUÉ OPINIÓN** le merecen los bancos? ¿Les deja su dinero en depósito? En otros tiempos solían pagar buenos intereses por el dinero que se depositaba en ellos. En la actualidad eso no es tan rentable, pero los bancos que participan en un fondo de garantía de depósitos son un lugar razonablemente seguro para guardar grandes sumas de dinero.

Tengo algunos ahorros de mi jubilación depositados en un banco de mi calle. Un día, no hace mucho, pasé por delante con mi automóvil y advertí que el nombre del banco era distinto. “¿Qué pasa?”, me pregunté. Estacioné el vehículo ante el edificio y fui a investigar. De la noche a la mañana, mi banco había sido vendido a otra sociedad y ahora operaba con un nombre distinto. Aunque el personal me aseguró que mi dinero estaba seguro, no dejé de inquietarme.

En la antigüedad, la gente guardaba sus ahorros en un frasco o un cofre y luego los enterraba. No era raro que un agricultor, mientras araba, se topara con uno de esos recipientes que contenían viejas monedas y ornamentos de oro o plata. Quizá el dueño había olvidado dónde había escondido el tesoro o sus herederos desconocían su existencia.

El tesoro enterrado es un tema lo bastante interesante como para enseñar una lección con él. Jesús pudo haberse limitado a decir: “La Biblia es muy importante, porque contiene la historia del evangelio, y por eso tienen que leerla”. Sin embargo, no habría causado el mismo impacto que la historia de un tesoro enterrado.

La mayoría de los oyentes eran personas pobres y sencillas. La mayoría de ellos debió pensar: “Ojalá pudiera encontrar un tesoro escondido; así no tendría que trabajar tanto”. Si el tesoro no hubiera sido de valor, no se lo habría ocultado para mantenerlo a buen recaudo. ¿Eran monedas antiguas? ¿O quizás adornos de oro o plata? ¿Acaso sabía ese Maestro dónde se encontraba ese tesoro?

Las historias de Jesús eran como enigmas que hay que resolver. Cada elemento de la historia representa algo. En esta historia, el tesoro es el evangelio y el campo donde se encontraba eran las Escrituras. ¿Considera usted que el evangelio es un tesoro? Si es así, usted tiene una fortuna.

# Un evangelio valioso

*Basado en Mateo 13:44*

“Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; esto es, entre los incrédulos, a quienes el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”  
(2 Corintios 4:3, 4).

**¿CONOCE USTED** el valor de las piedras preciosas? Personalmente, soy incapaz de distinguir un diamante de un pedazo de vidrio.

Se cuenta la historia de un coleccionista de minerales que buscaba piedras y luego las vendía a otros coleccionistas. Durante una de sus excavaciones encontró un espécimen que describió como “grande y hermoso”. Todos sus intentos de venderlo fracasaban; mientras, lo guardaba bajo la cama o en el armario. Suponía que aquel pedrusco azul le podía reportar unos beneficios de alrededor de quinientos dólares, pero estaba dispuesto a aceptar una suma inferior si se le presentaba un pago urgente, por ejemplo, la factura de la electricidad.

Así es como estuvo a punto de ser vendido por apenas unos cientos de dólares lo que era el mayor y más valioso zafiro jamás encontrado. Aquel pedrusco azul que había sido condenado a la oscuridad de un armario, conocido ahora como el zafiro “Estrella de David”, pesa casi medio kilo y está valorado en 2,75 millones de dólares.

Jesús dijo que el evangelio es como un tesoro escondido. ¿Pero por qué oculta Dios el evangelio? La respuesta es que no lo hace. El problema es que muchos tienen ojos, pero no ven, tienen oídos pero no oyen, tienen inteligencia, pero no entienden el tesoro que contiene. El hombre de la parábola del tesoro vio el tesoro y en seguida supo que era valioso. Volvió a enterrar el cofre, fue a casa, vendió todo lo que tenía para reunir el dinero necesario para comprar el campo, de modo que el tesoro fuera suyo.

Cuando David Livingstone, el famoso misionero, inició su viaje a través de África tenía 73 libros distribuidos en tres bultos, con un peso total de 82 kilos. Después de haber andado trescientas millas, Livingstone tuvo que deshacerse de algunos de los libros a causa de la fatiga de los portadores. A medida que avanzaba, su biblioteca se iba reduciendo más y más, hasta que le quedó un solo libro: la Biblia.

Señor, ayúdame a apreciar la belleza de tu Palabra.



# El padre de familia

*Basado en Mateo 13:52*

“Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”  
(2 Timoteo 3:16, 17).

**PERDIDA** en el fondo de algún armario de mi casa hay una caja llena de cartas. En ella, mi esposa y yo guardamos las cartas que nos escribíamos durante nuestro noviazgo. Leyéndolas se puede ver cómo una amistad progresó hasta convertirse en un matrimonio que ha durado cincuenta años... y contando.

¿Al limpiar el armario encontró algo que pensaba que había perdido? Quizá oiga una canción que no había escuchado en años. ¿Quién no ha encontrado la tarjeta de un amigo que hacía tiempo que había olvidado o descubierto los detalles de un acontecimiento al que asistió y ha dicho: “Lo había olvidado por completo”, o: “Esto es nuevo para mí”? Algo así son las cosas nuevas y viejas que el cabeza de familia sacó del tesoro.

Jesús pasó tres años preparando a sus discípulos para que llevaran a cabo su obra. Quería que entendieran el valioso tesoro que tenían en el evangelio y la Palabra de Dios. El evangelio es de aquella clase de tesoros que uno no puede quedarse para sí, sino que tiene que compartirlos.

Después de ilustrar sus enseñanzas con varias parábolas, “Jesús les preguntó: ‘Habéis entendido todas estas cosas?’ Ellos respondieron: ‘Sí, Señor’” (Mat. 13:51). Tenemos razones para creer que lo que decían era cierto porque, cuando no lo entendían, solían pedirle una explicación. Entonces Jesús puso ante sus ojos la responsabilidad que tenían con respecto a las verdades que acababan de recibir. Los llamó “escribas doctos en el reino de los cielos”. Aprendían para poder enseñar y, para los judíos, los maestros eran los escribas.

Los que comparten el evangelio son como un buen anfitrión. Un buen anfitrión quiere agasajar bien a su familia y a sus amigos. Por eso saca de su despensa cosas agradables, nuevas y viejas. Saca frutas y verduras frescas, de la cosecha del año, y conservas y salazones, de las cosechas de años anteriores. El buen obrero del evangelio presentará las verdades del Antiguo Testamento y las del Nuevo y las aplicará a situaciones actuales, haciendo que la verdad sea siempre nueva e importante.

Señor, ayúdame a servir a mis invitados con el buen alimento de tu Palabra.

# Las cosas viejas y nuevas

*Basado en Mateo 13:52*

“Fueron halladas tus palabras, y yo las comí. Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, Jehová, Dios de los ejércitos” (Jeremías 15:16).

**CUANDO VIVÍAMOS** en el extranjero, llevábamos con nosotros algunos alimentos que sabíamos que no íbamos a encontrar en el lugar al que íbamos. Apreciábamos mucho esos sabores tan familiares y los guardábamos para ocasiones muy especiales. Sabíamos que, cuando se acabaran, no podríamos sustituirlos. Sin embargo, los que reciben el evangelio no lo acumulan para sí, sino que lo sacan y lo comparten con los demás. Y cuanto más lo comparten, más aumenta su tesoro.

El gran almacén de la verdad es la Palabra de Dios: la palabra escrita, el libro de la naturaleza y el libro de experiencias humanas. Pero allí donde el conocimiento de Dios se revela con más claridad es en la Palabra escrita. En las páginas de la Biblia podemos encontrar cosas preciosas, nuevas y viejas.

Cristo se presenta a sí mismo nuevo y viejo a la vez. Él es la riqueza del Antiguo Testamento: Aquel que habló a los patriarcas, que estaba simbolizado en el rito del sacrificio, que se dio a conocer en la ley y que fue revelado por los profetas. Él es el tesoro del Nuevo Testamento, con su vida, su muerte y su resurrección.

Algunos afirman que creen en el Antiguo Testamento, pero no en el Nuevo; mientras que otros creen en el Nuevo y no en el Antiguo. Y sin embargo, uno no está completo sin el otro. Cristo mismo instituyó los ritos del sistema judío. Y cuando Cristo develó a sus discípulos la verdad de su resurrección, comenzó “desde Moisés y siguiendo por todos los profetas” les declaró “en todas las Escrituras lo que de él decían” (Luc. 24:27). No se puede predicar la ley de Dios sin el evangelio, o el evangelio sin la ley. La ley es la raíz y el evangelio es la flor.

El tesoro no es nada aburrido, como tampoco lo es la Biblia. Cuanto más la estudiamos, más descubrimos. “La verdad en Cristo y por medio de Cristo es inconmensurable. El que estudia las Escrituras, mira, por así decirlo, dentro de una fuente que se profundiza y se amplía a medida que más se contemplan sus profundidades” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 99).

En la Biblia aún hay verdades por descubrir. En el siglo XXI todavía tenemos un tesoro que no ha sido desenterrado. “En cada época hay un nuevo desarrollo de la verdad, un mensaje de Dios al pueblo de esa generación” (*Ibid.*, p. 98).

¡Que disfrute buscando!

# No mire hacia abajo

*Basado en Mateo 14:22 al 32*

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa”  
(Hechos 16:31).

**MI ESPOSA** Betty y yo habíamos pasado tres años y medio como misioneros en Pakistán. De regreso a casa, hicimos escala en Israel. Para nosotros fue muy inspirador conocer la región del mundo donde vivió Jesús de Galilea.

Un día nos inscribimos en una excursión que incluía la visita al Mar de Galilea. De pie, junto a la tranquila orilla, imaginábamos cómo andaban y hablaban Jesús y sus discípulos. Pero la apacible calma del Mar de Galilea puede tornarse rápidamente en una violenta tempestad.

Mientras estaba junto a la orilla, recordé la noche de la gran tormenta. Los discípulos estaban solos en la barca y, como no amainaba, en lo peor de la tempestad, temieron morir ahogados. En medio de la oscuridad de la tormenta vieron que alguien venía hacia ellos. Pensaron que era un fantasma. Pero Jesús dijo: “Soy yo, no temáis”.

Cuando Pedro oyó esto, dijo: “Señor, si realmente eres tú, déjame caminar sobre el agua” ¡Craso error! Aunque Jesús les había dicho que era él, Pedro estaba diciendo: “¡Ah, no! Si no haces que yo ande sobre las aguas no creeré que eres quien dices que eres”. Jesús no lo reprendió, sencillamente dijo: “Ven”.

“Mirando a Jesús, Pedro andaba con seguridad; pero cuando con satisfacción propia miró hacia atrás, a sus compañeros que estaban en el barco, sus ojos se apartaron del Salvador. El viento era borrascoso. Las olas se elevaban a gran altura... Durante un instante, Cristo quedó oculto de su vista, y su fe le abandonó. Empezó a hundirse. Pero mientras las ondas hablaban con la muerte, Pedro elevó sus ojos de las airadas aguas y fijándolos en Jesús, exclamó: ‘Señor, sálvame’. Inmediatamente Jesús asió la mano extendida, diciéndole: ‘Oh hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?’” (*Conflicto y valor*, p. 310).

Muchas veces, cuando nos alcanzan los problemas, actuamos como Pedro. En lugar de mantener los ojos puestos en el Salvador, miramos las olas. Dios nos enseña día a día. Con las situaciones de la vida diaria nos va preparando para que desempeñemos nuestro papel en la escena más amplia para la que nos ha escogido. El resultado de la prueba diaria determina la victoria o la derrota en la gran crisis de la vida.

# La abnegación no es dolorosa

*Basado en Mateo 16:24*

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: ‘Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame’” (Mateo 16:24).

**LA ABNEGACIÓN** no es dolorosa. Nuestra reticencia a practicarla sí es dolorosa. La abnegación trae gozo a la vida y nada es un sacrificio si se hace por amor de Jesús.

Hubo tiempos en los que los hombres pensaron que para negarse a sí mismos tenían que ir al desierto o recluirse en un monasterio. Sin embargo, la vida de Jesús nos muestra que el mejor lugar y momento para practicar la abnegación es la cotidianidad de cada uno. El apóstol Pablo lo dijo de este modo: “Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación, porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo [...]. Por tanto, recibí los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios” (Rom. 15:1-7).

Como seguidores de Cristo tendríamos que marcarnos el objetivo de complacer a los demás y ayudar a los débiles. La abnegación genuina se produce cuando, en la vida cotidiana, ponemos a los demás en el primer lugar y no a nosotros mismos.

“Si alguien quiere ser mi discípulo, tiene que negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme” (Luc. 9:23, NVI). En estas palabras de Jesús, además de la voluntad de negarnos a nosotros mismos, encontramos la fuerza para hacerlo. La persona abnegada no es así porque, sencillamente, quiere ir al cielo; vive una vida de abnegación por amor a Jesús. En su corazón él ocupa el lugar que antaño ocupó el yo. Cuando se vive una vida de abnegación, Jesús se convierte en el único centro y objetivo de la vida cotidiana.

La entrega absoluta a seguirlo va acompañada de extraordinarias bendiciones. Sobre nosotros se vierte el espíritu de amor abnegado de Cristo, por lo que la negación del yo es el mayor gozo del corazón y el medio por el que llegamos a una comunión más profunda con Dios. La abnegación deja de ser algo que queramos practicar en beneficio propio. No es algo que hagamos para mantener el control sobre nosotros mismos.

Cuando el yo sea crucificado, Cristo ocupará su lugar y de nosotros fluirán su amor, su ternura y su amabilidad. Cuando entendamos qué es negarnos a nosotros mismos, comprenderemos mejor qué hizo Jesús por nosotros. Oremos para que hoy Jesús nos utilice para mostrar su amor a los demás.

## Oraciones en cortocircuito

*Basado en Mateo 18:21 al 35*

“Por tanto, si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”  
(Mateo 6:14, 15).

**EL AMOR DE DIOS** es incondicional porque él es así; Dios es amor. Sin embargo, su relación, su interacción o su conexión, con los que ama sí es condicional. Muchos textos ilustran esta idea, pero los dos que nos resultan más familiares son:

Juan 1:12: “Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. El Señor desea intensamente llamar hijos suyos a todas las personas de la tierra, pero esa prontitud tiene un único límite: la elección humana. Solo aquellos que lo reciben pueden ser llamados así.

Apocalipsis 3:20: “Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo”. El único límite al ofrecimiento de Cristo para entrar en nuestro corazón procede de nuestra predisposición a escuchar su voz y abrirle la puerta. Es imposible mantener una relación con alguien que se niega a mantener un contacto.

La oración es nuestra conexión con Jesús e incluye tanto la interacción entre Jesús y nosotros como de unos con otros. Como cualquier cable eléctrico, la conexión se puede cortar. Por otra parte, si existe alguna circunstancia negativa, las oraciones pueden entrar en cortocircuito. ¿Cuál es esta circunstancia negativa? Es el pecado. “Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios y vuestros pecados han hecho que oculte de vosotros su rostro para no oíros” (Isa. 59:2).

¿Qué puede reparar esa conexión cortada? El perdón. Jesús ha prometido que si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar (1 Juan 1:9). No obstante, también dijo: “Pero si no perdonáis sus ofensas a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mat. 6:15).

Jesús dijo: “Si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda” (Mat. 5:23, 24).

Mantenga su conexión con Dios en buen estado. “Perdonad, y seréis perdonados” (Luc. 6:37).

# Perdonar a los demás

*Basado en Mateo 18:21 al 35*

“Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan” (Salmo 86:5).

**JESÚS** **CONTÓ** la historia de un funcionario que le debía al rey una enorme cantidad de dinero: diez mil talentos. Un talento era una medida de peso, no una moneda, y su valor dependía de la pureza de los metales preciosos utilizados en su acuñación. Si tomásemos como referencia el talento de plata griego, diez mil talentos equivaldrían a unos siete millones y medio de dólares. Jesús estaba indicando que la cantidad debida estaba fuera del alcance de cualquier capacidad humana para pagarla. Además, en aquel tiempo, una persona no podía declararse en quiebra. El rey tenía potestad para ordenar que se liquidaran todos sus bienes y que tanto el deudor como su familia fueran vendidos como esclavos. Y eso es lo que pasó.

Pero entonces el rey cedió, reconociendo la magnitud de la deuda, y perdonó al siervo. Cuando el siervo perdonado salió, se encontró con un conocido que le debía una pequeña cantidad de dinero. A pesar de que el desdichado le aseguró al siervo que pagaría la suma, el ingrato hizo que lo encarcelaran.

Cuando el rey oyó lo que el siervo desagradecido había hecho, lo llamó de nuevo y dijo: “Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?” (Mat. 18:32, 33). Aquí el mensaje es que, para recibir el perdón de Dios, perdonar a los que nos han ofendido es condición indispensable.

Un sábado, después que hube predicado un sermón sobre el perdón, una mujer se me acercó y dijo:

–Pastor, tuve algunos problemas con una amiga y la perdoné. Pero tengo la sensación de que ella no me perdonó.

La consolé:

–Eso está bien, hermana; al menos usted la perdonó. Ahora ya puede seguir adelante con la vida.

–Pero, pastor –insistió–, no me ha perdonado.

Lo intenté de nuevo:

–Está bien, entiendo. Pero me alegro de que al menos usted la haya perdonado a ella.

Ella insistió:

–Pero es que ella no me ha perdonado y se supone que tiene que hacerlo...

A estas alturas yo empezaba a sospechar que esa hermana solo estaba dispuesta a perdonar si la otra persona decía que lo sentía.

La Palabra de Dios nos ordena perdonar a pesar de la actitud de la otra persona. ¿Y qué pasa si la otra persona no nos perdona? Ese es su problema, no el nuestro.

# Perdonar para que seamos perdonados

*Basado en Mateo 18:21 al 35*

“Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: ‘Conoce a Jehová’, porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová. Porque perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:34).

**QUIZÁ ALGUIEN** pregunte: ¿Perdonar implica que tenemos que olvidar? La respuesta es: Sí... y no.

Sí, tenemos que olvidar en un sentido emocional. Cuando perdonamos desde el punto de vista de nuestras emociones, el resultado es que no habrá lugar para la venganza y el problema dejará de consumirnos.

Por otra parte, aunque Dios nos pide que perdonemos de manera unilateral, esto no significa necesariamente que queramos o debamos olvidar. Por ejemplo, cuando alguien es nominado para hacerse cargo de la tesorería de la iglesia y sabemos que en alguna ocasión tuvo problemas de honradez, informar de ello a la comisión de nombramientos no es actuar de forma vengativa.

Si alguien nos ha ofendido y nos negamos a perdonarlo, nos encontraremos con que el arrepentimiento de nuestros pecados se ve obstaculizado. Por tanto, en la medida en que nos sintamos justificados para no perdonar a los demás por lo que nos han hecho, dejaremos de reconocer nuestras propias faltas y racionalizaremos nuestros pecados.

Sé muy bien qué es estar lleno de amargura y resentimiento. Una vez me encontré con unas personas a las que yo no les caía bien y ellas a mí tampoco. Sin embargo, yo detestaba mi situación. Me di cuenta de que eso estaba consumiendo mi espiritualidad y me estaba convirtiendo en una persona amargada y vengativa. Cuando la situación se hizo insoportable, la presenté al Señor en oración. Y Dios escuchó mis oraciones, sanó mi espíritu, me arrepentí y me perdonó.

Aunque mi amargura había desaparecido, la oración no pudo deshacer todo lo que me había sucedido. Todavía llevaba las cicatrices del conflicto. Mi vida había cambiado para siempre. Es preciso reconocer que el perdón no nos vuelve al punto de partida, sino que hará posible que avancemos desde el lugar en que estemos.

Jesús quiere que recordemos que todos tenemos acumulada una deuda de pecado mayor de lo que nunca podremos pagar. Hemos sido detenidos, juzgados y declarados culpables. Merecemos morir la muerte del pecador. Pero Jesús nos ha perdonado por misericordia y nos ha devuelto la libertad. ¿No deberíamos hacer lo mismo con nuestros semejantes?